

pero aquella Missa la dixo en el Altar de San Juan de Letran. De esta novedad discurrió el Religioso, que la notaba, que el Siervo de Dios lo avia suplicado así, en beneficio de la misma alma. En esta Missa comulgò el Venerable Pedro: y despues de concluda, le pidió à el Religioso, que deponie el caso, que dixesse à Pedro de Mendoza, que se tuviese por muy afortunado, y diese à Dios muchas gracias; porque ya su difunta muger estaba gozando de el Señor. Encargòle mucho, que no se olvidasse de hazer esta diligencia: y se despidió, dexandole empeñado en su execucion.

CAPITULO XX.

*RARA PIEDAD DE EL
Venerable Siervo de Dios Pedro de
San Joseph con los vivientes
irracionales.*

DE la commiseracion con los brutos, dezia San Juan Chrysostomo, que resultan mas vehementes los impulsos de la caridad con los proximos: y aun en vna Rotal relacion se ponderò esta piedad con los irracionales, como argumento inconcuso de la caridad de San Felipe Neri. Para este grado da calificacion superabundan argumentos à la caridad de el Venerable Pedro: pues fue su piedad tan rara con los Irracionales; que sin que bastasse, à detener sus

impulsos la brutal especie, se aplicaba à el remedio de sus necesidades, como si fueran los mas propios acreedores de sus amorosas asistencias. Si quando iba por las calles, encontraba algun animalito maltratado, ò con llagas; aunque estuviere lleno de inmundicias, cargaba con el, y se lo llevaba à su Hospital, para curarlo. Muchas vezes le vieron en este empleo, que executaba à proporcion de su corpulencia; porque à los animales pequeños los llevaba embultos en vn lado de su manto, y à los que no podia acomodar así, los conducia en sus brazos. Vn Sacerdote amigo de el Siervo de Dios tenia algunos paxaros, encerrados en jaulas para su divertimento: y lastimandose de verlos con la opresion de encarcelados, le persuadiò, à que los soltasse, como en efecto lo executò; logrando los paxarillos su libertad por la piadosa intercesion de el Venerable Pedro. Vnos paxaros, que en aquel Reyno llaman Sopilotes, y son especie de Aguilas, suelen ser assunto de el entretenimiento de los muchachos: y de sus juegos salen frequentemente bien maltratados; siendo el menor daño, que reciben, quedarfe sin plumas; porque se las quitan, para escribir con ellas. En hallando, pues, el Venerable Pedro alguna ave de estas en este infortunio, trataba de su rescate; pidiendo à los muchachos,

chos, que no le hiziesen mal: y alegando por motivo, que aquellos paxaritos alababan à Dios. Las mas vezes no fiaba su seguridad de esta sola suplica: y por el interés de algunos quartos, que les daba, los rescataba de sus vñas. En aviendo conseguido esto, se los llevaba à su casa, donde, si tenian algunas heridas, los curaba: y allí mismo los alimentaba todo el tiempo precisò; hasta que creciendoles las alas, los embiaba à volar. Con vno de estos manifestó mas sus piadades el Siervo de Dios: pues no faltò à ellas, aun provocado de vn singular agravio. Fue este paxaro rescatado con dinero por el Venerable Pedro de el poder de los muchachos, que le tenian bien maltratado: y aviendose restituído à su sanidad con las caritativas curaciones de el Siervo de Dios, fue tan ingrato; que entregandose de el gallinero de el Hospital, hizo en el bastante destrozo. Dieron noticia de el suceso à el Venerable Pedro: y en lugar de castigar su atrevimiento, le llamó à su presencia, y le ordenò, que se fuesse: cuyo mandato executò volando el Sopilote.

En la Casa de Bethlehen avia gran multitud de ratones: y en estos se exercitò con especiales actos la caridad de el Siervo de Dios. Motivados de el mucho daño, que hazian estos importunos animalejos, se empeñaron en cogerlos los compañeros de el Venerable Pedro: pero, quando mas

cuydadofos se empleaban en esta funcion; les pidió, que los dexassen, y no les hiziesen mal. Con esta suplica levantaron la mano de el assunto; pero no por esso se dexò de poner el remedio, que deseeaban; porque el Siervo de Dios cogió con mucha mansedumbre todos los ratoncillos; y metiendolos dentro de vn canasto, los pasó de la otra parte de el Arroyo Penfativo; y allí les mandò, que se retirassen, y trataassen de no hazer mal. El ordinario recurso de el Venerable Pedro con estos vichos era, passarlos de la otra parte de el riachuelo: con cuya diligencia evitaba sus daños, y les asseguraba las vidas: pero es donoso el chiste que para executar esto inventò en vna ocasion. Tenia el Siervo de Dios prevenidas dos ollas grandes con las bocas seguramente tapadas con vnos paños: y cargando el con vna de ellas, pidió à vn sugeto, que tomasse la otra, y que con ella le siguiesse. Hizo esta persona, lo que el Venerable Pedro le suplicaba; pero discurrendo, que le llevaba à alguna casa à llenar de Atòle aquellas ollas, como solia suceder; hallò, que le sacaba à el campo, y le guiaba à vn sitio, donde ponen à morir las bestias. Estando en este parage puso las ollas sobre los mismos huesos de los animales muertos: y destapandolas, salió de ellas gran multitud de ratones, que era, lo que tenian oculto. Visto el caso, le dixo el sugeto,

K

que

que le acompañaba, no sé, si corrido de el sucesso: y para esta hacienda me has traído aqui? Por satisfaccion de esta querrela dió el Siervo de Dios vna gran risada, que acompañò con estas caritativas voces: *Callad, hermano; porque allà en la Ciudad estaban expuestos à peligro, de que les quitassen las vidas: y aqui están mas seguros.* No terminaba con esto el Venerable Pedro su caridad à estos animalejos: pues si los desterraba, à que habitassen en el campo, tenia tambien cuydado de llevarles de comer. La verdad de este hecho, y el quando lo executaba, lo testificò el mismo Siervo de Dios, hablando con vn sugeto, llamado Antonio Diaz de Valderrama. No se sabe, con que motivo se quexò el Venerable Pedro con este hombre de el daño, que hazian los ratones; y el perjuizio, que con roer el pan, se les seguia à los enfermos. Preguntòle este en la misma ocasion el remedio, que tenia, para evitar este mal; y el Siervo de Dios le respondió: que los cogia, y los llevaba à el campo, liados en su manto: y que, puestos allì, tenia cuydado de llevarles comida de veinte y quatro à veinte y quatro horas.

Los animales, que mas experimentaron la caridad de el Venerable Pedro, fueron los perros: ya sea porque les tuviesse mas inclinacion: ò ya porque en la mas abundante copia de estos vivien-

tes se le ofrecian mas frequentes las ocasiones de exercitar sus piadosos fervores. Tenia el Siervo de Dios el cuydado de echar azeyte en vna lampara de cierta Iglesia; para que alumbrasse vna Imagen, que veneraba con especial devocion: y à el ir vn dia à executar esta piadosa obra, sucediò, que cayendo vn perro de el campanario de la misma Iglesia, se le descoyuntaron todos los huesos, y quedò casi muerto. Viendo este estrago el Venerable Pedro, se puso el perro sobre sus espaldas, y se lo llevó à el Calvario, donde habitaba entonces. Allì le curò con exquisitas diligencias, entablándole los desconcertados huesos; y aplicándole otras medicinas, hasta ponerle totalmente sano.

A vn sugeto le avian maltratado à palos vn perro, que tenia en grande estimacion: y aviendo salido à buscarlo con la noticia de el fracaso, le hallò muy mal herido, y à punto de morir. Doliase mucho el dueño de este sucesso, y respiraba furias contra el mal-hechor; pero hallandose presente el Siervo de Dios, se aplicò à remediar totalmente este disgusto. La primera diligencia fue, pacificar à el ayrado hombre: y aviendolo conseguido con la dulce eficacia de sus palabras, cargò sobre sus espaldas el perro, y lo llevó à su Hospital, para curarlo. Consiguiòse el fin con el caritativo cuydado de el Venerable Pedro:

dro: y estando el perro sano de el todo, se lo bolvió à su amo, que quedò quieto, y consolado con su prenda. Don Jacinto de Navas fue testigo ocular de otro sucesso, en que se admirò la caridad de el Siervo de Dios con esta especie de animales. Caminaba este cierta noche por vna calle de la Ciudad con el Venerable Pedro: y siguiendo su camino, percibieron vnòs lamentos, que huvieron de poner en cuydado à el dicho Don Jacinto. Impresionado de alguna especie espantosa, recurrió, à saber del Siervo de Dios, que podria ser aquello, que se oia? No es cosa de cuydado le respondió el Venerable Compañero: y aviendole fofegado el animo, le conduxo à el sitio, donde se oian las lastimas: y hallaron, que el que se quexabá, era vn perro medio muerto, y que tenia estrujada la cabeza. *Mira, que crueldad!* dixo el Venerable Pedro à D. Jacinto: y tomando lo el Siervo de Dios por las manos, y el compañero por los pies, para ayudarle; le llevaron à el Hospital. Quando esto sucedia, era ya cerca de la media noche: y à aquella hora se puso el Siervo de Dios, à hazer vn cocimiento de vino, y romero, con que curò à el animal, que despues quedò enteramente sano.

En otra ocasion, que de dia caminaba el Venerable Pedro por vna calle à exercer sus acostumbrados ministerios de caridad, se

encontrò en ella con vn perro todo herido; y tan lleno de gusanos, como de llagas. Sin reparar en tan asquerosa corrupcion, cargò el perro sobre su espalda: y tomando el rumbo para su Hospital, se llevó vn poco de vnguento blanco para su curacion. De averle visto con este inmundo peso sobre sus ombros, fue insignificante testigo la admiracion de vn sugeto, que como pregonero de esta hazaña, dixo pasmado à vn Sacerdote, llamado Don Lorenzo Gonzales: *Aora passa el Hermano Pedro con vn perro acuestas: y lo lleva à su Hospital.* Aviendo llegado el Venerable Siervo de Dios à su casa con este enfermo, le señalò por alcoba para su curacion vna despensilla, donde se guardaban todos los instrumentos, que servian en la obra de el Hospital. En el tiempo, que lo estaba medicando, se le ofreciò à cierto sugeto, entrar en la dicha despensa; pero huvo de pensar bien la entrada. Era el Can enfermo demasidamente grande; y à el ver su corpulencia, temiò, el que iba à entrar, algun peligro; por cuya razon todo turbado, se empezó à retirar à zia fuera. Notò su susto el Venerable Pedro; y penetrando la causa, le detuvo en su impulso, y sonriendose, le dixo: *Bien podeis entrar seguro; porque este es vn pobre convaleciente.* Prosiguiò el Siervo de Dios su curacion en el perro, hasta que le

sanò sus heridas: y restituido à su antigua robustès, le puso en la calle. En el modo, que pudo, hizo este animal su deber; reconociendo tan gran beneficio: pues siempre, que encontraba à el Venerable Pedro, se le llegaba festivo, y hazia expresivas demostraciones de agradecido.

Vn Ciudadano de Goatemala experimentò por si mismo otro suceso de esta materia, en que se manifesta, que aviendo hecho el Siervo de Dios el Hospital de Bethelchen para convalecencia de hombres; le diò despues su caridad espacio, para que fuesse tambien enfermeria de brutos. Tenia el sobredicho sugeto vn perrillo con la piel sembrada de manchas blancas, y negras: cuya hermosura con otras habilidades le avia negociado à el animalillo singular estimacion con su dueño. Salìo este vn dia à visitar à vn amigo suyo: y entretanto que lo executaba, padeciò el pobre perro vna gran tormenta; porque con el grave golpe de algun palo, ò piedra le hizieron tortilla la cabeza; de modo que quedò con los ojos saltados, y la lengua colgando fuera de la boca. Sin aguardar, à que el encontrasse con el fracaso; porque los disgustos tienen el passo muy ligero; buscaron con gran presteza à el amo, y le pusieron delante su lastimado perro. Con mucho enfado, y demasiada colera registrò el hombre su estima-

do animal: pero desahogandose de aquel primer sentimiento, y teniendo por muerto à el perro, mandò à vn muchacho, que le echasse en vn muladar. Quando iba el mandadero à executar este orden, se encontrò con el el Venerable Pedro; y quitandole el perrillo de las manos, se lo llevò à el Hospital, para curarlo. Passados algunos dias, en que el amo, ni tenia, ni avia solicitado tener mas noticia de el perro; le dixeron, que estava vivo, y sano en casa de el Siervo de Dios. Desprecio el dueño por entonces la noticia; y aun aviendosela repetido por tres vezes, no le daba credito: pero instado de los mismos, que le daban el aviso, y conocian bien à el perro; se resolviò, à informarse por si mismo. Fuese vna noche à la casa de el Venerable Pedro, que en la ocasion estava fuera, y preguntò à vn Compañero suyo, llamado Pedro Picholino, si estava alli su perrillo? No sabia este hermano, como dar noticia de lo que preguntaba: pero le dixo, que entrasse en la cocina, donde avia gran multitud de perros: y assi reconoceria, si estava entre ellos el suyo. Entrò con efecto el sugeto en la dicha oficina: y en ella hallò, como se lo avia dicho, vna inmensidad de perros farnosos, coxos, llagados, llenos de gusanos, y otros achaques. Como era tanta la multitud, no veia el suyo: pero aviendolo llamado,

reconociò el perrillo la voz de su dueño; y saliendo de entre todos, se puso junto à el, haziendole fiestas, como acostumbraba. Aviendolo conocido, tomò el dueño su perro: y poniendolo en la falda de su capotillo, se lo llevò consigo; dando cuenta à el Hermano Pedro Picholino, de que assi lo executaba. Bien conociò este hombre, que su perro avia sanado por la curacion de el Siervo de Dios: pues el mismo afirmó despues, que el capotillo, en que le avia llevado, quedò manchado de las vnciones, que aun entonces tenia puestas por mano de el Venerable Pedro.

CAPITULO XXI.

ADMIRABLE PRUDENCIA,

con que dotò el Cielo à el Venerable Pedro de San Joseph.

EN la navegacion à el Puerto dicho de la Gloria es el norte la prudencia; porque con sus observaciones sigue segura la alma todos los virtuosos rumbos, que ha de seguir, para llegar à la deseada patria. Con sus luces sabe el humano entendimiento huir los escollos de los extremos, donde son ciertos los peligros: y con sus ilustraciones descubre el feliz medio, en que se ofrecen dichosamente los aciertos. En esta antorcha tuvo siem-

pre fixos los ojos el Venerable Pedro de San Joseph; porque, como aviado Piloto, no pensò en otra cosa; que en poner en salvo la preciosa Nave de su alma por el dilatado, y confuso Mar de las humanas acciones. De tal modo se manifiestan rectas, y acertadas todas sus obras; que no se pueden reconocer, sin admirar en ellas, y en sus circunstancias esta virtud prodigiosa. En todas sus acciones relucen, como característicos signos de su prudencia, inteligencia profunda, sujecion docil; maduro examen, atencion circunspecta; expedicion promptissima; providencia rara, vivissima cautela; eleccion facil; juicio recto, y determinacion acertada. Toda su vida fue vn espejo de prudentes operaciones; pero su mas singular, y expresa practica se manifiesta en los siguientes sucesos.

Hallandose en gran necesidad de dinero, para pagar en la fabrica de el Hospital, determinò recurrir à vn vn bien-hechor suyo, para que le socorriese. Encaminose con efecto à la casa de el sobredicho; y hallandole muy enfadado por algunos domesticos disgustos, le saludò, dandole los buenos dias; pero se salìo à la calle, sin hazerle la representacion de su necesidad; porque no le pareciò ocasion oportuna de pedir limosna à vn hombre, à quien el fuego mismo de su colera tendria resfria-